Reseña de “Cazadores cazados”

Novela de corte policiaco en la que se presenta un caso ―el asesinato, en una partida de caza mayor, de dos, de los diez cazadores participantes ―que se ira investigando a lo largo de la obra por la Guardia Civil y los agentes del Servicio de Criminología, hasta dar con la solución definitiva que es encontrar al asesino.

Durante el desarrollo de la historia, ocurren otros dos crímenes y dos suicidios.

Comienza con el hallazgo de los cadáveres de los dos cazadores asesinados en el primer capítulo y luego, en un flash back, el autor va reconstruyendo la historia desde que el grupo se reúne el primer sábado del mes de febrero, en el bar del pueblo, para marchar a los puestos, que es cuando va presentando a los personajes, de entre los cuales uno, Manuel, se queda sin poder compartir la partida, pues se lo impide el jefe de la batida, un hombre llamado Leandro, (a la vez, tío carnal del chico) siendo la causa que ha visto a su sobrino tomarse una copa de aguardiente, al tiempo que el dueño del bar le llenaba una pequeña petaca del mismo licor, ya que en esas lides, está prohibido el alcohol, precisamente para evitar incidentes como el que tendrá lugar.

A partir de ese momento empiezan a elaborarse varias hipótesis: si se han matado entre ellos, si ha podido ser otro de ellos, Román, que es el único que no entregado los dos casquillos de los dos disparos que ha realizado y que podría tener motivos para llevarlos a cabo.

Se mezcla este luctuoso acontecimiento con varias historias de amorosas, que subyacen al asunto de los crímenes. Uno es que un personaje femenino, Verónica, que es una hermosa y muy virtuosa joven, ha sido novia de uno de los asesinados, Marcos, y es la novia actual de otro de ellos, Jorge, el farmacéutico del pueblo. Tras múltiples investigaciones y cálculos variados, detienen y encierran a Román que, al parecer, también había estado enamorado de la chica.

Otros ingredientes se mezclan en esta historia. Durante el recorrido por el camino de bajada hasta los puestos de caza, Román, sabedor de una historia de amor que había tenido Jorge con otra chica, le pregunta sobre esa relación, por si estaba jugando a dos bandas, con Verónica y la otra chica. Jorge le informó de lo que tuvo con ella, sin decirle nombre y quién era.

Después del levantamiento de los cadáveres, ordenado por el juez Mendieta, este ordena a los otros siete cazadores, presentarse el lunes a primera hora para tomarles declaración en el juzgado comarcal, del cual es el titular.

Tras llegar al pueblo, el sargento Benito y Germán, fueron a informar de lo ocurrido a la novia del farmacéutico, y junto con ella, a la señora Ángeles madre de Marcos. Entre las gentes del pueblo, se formó un gran revuelo a medida que se iba conociendo lo sucedido.

El juez Mendieta y el teniente Cifuentes (novio de su hija) se encargarían de informar a los padres de Jorge, que tenían su domicilio en la capital comarcal, y de los que el juez era amigo personal.

A la hora ordenada, lo siete cazadores se presentaron en el juzgado, uno de tras de otro, fueron pasando a la oficina del juez, respondiendo a las preguntas que les iba haciendo. Según iban terminando, se bajaban al bar, de enfrente del juzgado, quedando Germán el último.

Desde el bar, los seis cazadores, vieron como llegaba un todoterreno de la Guardia Civil, con el teniente Cifuentes y dos agentes, quienes hicieron bajar a Román, esposado, haciéndolo entrar en el juzgado. Teniendo que esperar un rato a que el juez terminara con Germán, quien al salir se encontró con su amigo, deseándole suerte, quedándose en la sala de espera a que saliese su amigo de declarar.

El teniente, entró, acompañando a Román en la oficina de juez. Después de hacerle diferentes preguntas el juez le preguntó por la conversación mantenida con Jorge. El mozo se sorprendió que el juez tuviera conocimiento de ella, y le preguntó al juez, que conexión podía tener dicha conversación en los hechos ocurridos. (el juez tenía conocimiento, porque se lo había dicho el sargento Benito, a quién se lo había comentado Sebastián, otro de los cazadores) El titular del juzgado comento que ya vería el sí tenía importancia o no. Ante la insistencia del juez, Román, comenzó a contarle dicha conversación, a medida que iba explicando lo hablado, noto como la cara del juez se transformaba en distintos colores, palidecía y enrojecía, así como el teniente se retorcía inquieto en su asiento. (Lo que no sabía Román, es que medida que iba explicado, el juez, se iba enterando que lo que contaba, tenía que ver con su propia familia)

Román estaba terminado su declaración cuando llegaron al juzgado los agentes del SERCRIM. El sargento Pizarro y la cabo Berrocal, con el informe de balística de las armas de los cazadores. En él se exponía que las balas que mataron a los dos mozos no correspondían con ninguna de las armas de los cazadores, así que ambos agentes, marcharon hacia el lugar de los hechos, para buscar nuevas pruebas, puesto que sospechaban que había intervenido una tercera persona.

El juez, ordenó a Margarita, su secretaría, que escribiera la orden de puesta en libertad de Román, ante la falta de pruebas. Una vez libre, Román, se reunió con Germán y sus amigos en el bar, quienes se alegraron de su puesta en libertad. Estaba empezando a tomar una cerveza cuando se fijo en los titulares de un periódico que estaba leyendo un cliente. Le pidió que se lo dejara, leyó sobre su detención, con las iniciales de su nombre y apellidos, cabreado soltó ― ¡A ver si estos cabrones ponen mañana que me han puesto en libertad!

Una atractiva chica que estaba sentada en una mesa y con la que Román había cruzado la mirada al entrar, le dijo ―Quizá si usted le cuenta a esta cabrona lo que ha pasado, en el periódico de mañana pueda venir escrito que le han puesto en libertad sin cargos ―. Presentándose la chica como periodista y autora del artículo.

Ante el asombro de los demás, comenzaron una conversación que terminó por parte de Román, convenciendo a la periodista Sandra, (que así se llamaba) para que le llevara hasta el pueblo, en su coche, y así le informaría de todo lo sucedido. Y así lo hicieron…

El juez, en su oficina, una vez quedo a solas con su secretaría, escribió en un folió algo y lo metió en sobre, diciéndole a su compañera que si al día siguiente no iba por la oficina lo abriera, después lo metió en un cajón de su mesa, a continuación, se puso el abrigo y con una llave abrió otro cajón, del que sacó una pistola y le colocó el cargador, metiéndola en un bolsillo. Al preguntarle su secretaría el porqué de llevarse la pistola, le contestó, que tenía un mal presentimiento, saliendo de la oficina, dejando a Margarita intrigada…

Al lugar de los crímenes habían llegado los agentes del SERCRIM. A los que se les habían unido al llegar al pueblo el sargento Benito y dos guardias. Según bajaban con los vehículos por el camino, la cabo Berrocal se fijó en la cuneta, en unas ramas rotas, e hizo parar a su compañero, bajándose, al momento encontró un rastro de pisadas y un reguero de gotas de sangre seca, siguiéndolo, llegó hasta una pequeña cordillera de rocas que bajaba perpendicular. Al llegar, vio como las rocas hasta unos cinco metros de altura, estaban imprimadas de gotas y algún charquito de sangre coagulada, escaló por las rocas y se encontró con un estrecho pasillo de unos dos metros de largo que llevaba a un pequeño balcón, allí había más sangre, y desde el lugar se dominaba el terreno y lugares donde habían muerto los dos cazadores. Se lo mostró a sus compañeros y más tarde al teniente Cifuentes y al capitán Romero que se unieron a ellos. En el balcón encontraron esquirlas de una bala destrozada contra la roca. Sacaron la conclusión que desde allí habían disparado a los dos mozos y el autor había salido de allí herido, posiblemente en una mano o brazo por una de las esquirlas. ¡Alguien le había disparado a él! Por lo que decidieron subir para el pueblo, para buscar y detener al cabrón… que había matado a los dos mozos.